

2.º Representaciones que, son verosímiles y no contradicen a otras determinadas. 3.º Representaciones confirmadas en todos sentidos.

2. Después de Carneades se inclinó otra vez la escuela platónica como «Academia nueva» hacia una dirección dogmática especialmente al estoicismo. Así por ejemplo, Filón de Larisa († 80 antes C. en Atenas), al que oyó Cicerón en Roma en el año 87, tomando una posición, entre Carneades y los estoicos, afirmó la existencia de un saber «evidente» (ἐνάργεια). Por último, Antioco de Ascalón († 68 maestro de Cicerón en Atenas 79-78), abandonó el escepticismo como contradictorio e introdujo en su lugar un eclecticismo superficial. La verdad se halla en aquello en que todos los filósofos concuerdan; esto sucede con respecto a todos los puntos capitales filosóficos en los platónicos, peripatéticos y estoicos. En Ética mantuvo, tomando igualmente una posición débil intermediaria y filistéa que la virtud no basta para lograr una vida felicísima, en cambio sí para una vida feliz.

Con este eclecticismo teórico y práctico nos hallamos, por la época, el asunto y en parte el lugar, en un nuevo período de la Filosofía antigua que, de acuerdo con la evolución política de estos tiempos, podemos llamar época romana.

B.—LA FILOSOFIA EN EL IMPERIO ROMANO

CAPITULO XIII

La Filosofía entre los romanos

§ 44. Introducción. Paso de la filosofía griega a Roma El estoicismo medio

Sobre este período, relativamente el menos investigado de la filosofía antigua, véase además de las exposiciones generales: E. Zeller, Religion und Philosophie bei den Roemer (Religión y filosofía entre los romanos). (Conf. y tratados II, 93-135) Mommsen, Rom. Geschichte (Historia de Roma) II y 21 Teuffel, Geschichte des römische Literatur (Historia de la literatura latina) § 48 y especialmente Schmeckel Die Geschichte der mittleren Stoa in ihrem geschichtlichen Zusammenhang (La historia del estoicismo medio en su enlace histórico) Berlin 1892.

El carácter del pueblo romano era, es cierto, apto para la reflexión, pero no para la especulación teórica, y se inclinaba más bien por completo a lo práctico y útil. Hasta sus mismas concepciones religiosas están penetradas de espíritu utilitario. Por esto, mientras que han permanecido como un modelo durante siglos, derecho, administración y ejército romanos, no han logrado en Roma los productos espirituales propiamente dichos (poesía, artes plásticas y Filosofía el florecimiento que en Grecia habían tenido. Especialmente la Filosofía fué considerada por los romanos de antiguo cuño (prototipo Catón el viejo) como vana palabrería y aún como peligrosa para la religión y las costumbres. Había contribuido no poco a la última opinión el que el primer introductor de la sabiduría filosófica griega el poeta Ennius (239-169) quien escribió también un poema didáctico acerca de la filosofía de la naturaleza, *Epicarmo* imitó en latín al poeta racionalista Evmero (§ 16) y negó, aunque no los dioses, la providencia divina. Catón tuvo a Sócrates por un charlatán justamente ejecutado y todavía en los años 173, 161 y 155, bajo su influjo, se tomaron por el senado resoluciones en virtud de los cuales se expulsó a los retores y filósofos griegos — la última vez a los tres embajadores atenienses — de Roma. Sin embargo, dada la decadencia de la religión y las costumbres tradicionales y la conversión de la nación en un imperio mundial no podía detenerse con medidas de rigor, la introducción de la filosofía griega, tanto más cuanto que la Filosofía de las escuelas helénicas venía a proporcionar lo que el romano educado deseaba alcanzar de la filosofía: ilustración sobre la misión ética del hombre, sobre el mejor camino para la felicidad y además preparación teórica para la vida pública. Filósofos griegos como Panecios, vinieron entonces a Roma y aún más frecuentemente fueron los jóvenes romanos distinguidos por un tiempo más o menos largo a los centros capitales de la ciencia griega: Atenas, Rodas, Alejandría para oír en ellos las lecciones de los retores y filósofos. Pronto se consideró esto como exigencia de una educación superior: algo semejante a los estudios universitarios de hoy día. Sin embargo, no pudo arraigar nunca la Filosofía en Roma. La mayoría de los filósofos que mencionaremos, no son de origen romano y los que lo son no han producido en esta esfera del saber nada nuevo y original, ni mucho menos realizado un adelanto científico sino que nos han dejado sólo una repetición o una transcripción de lo ya producido por los griegos.

Todas las escuelas griegas de la Filosofía hallaron sucesivamente entrada en Roma. Primero y sobre todo aquellas que se adaptaron más a la virilidad (*virus*), al sentido político, y al mismo tiempo al

orgullo de la virtud del romano y concordaban con su inclinación a la casuística moral y a la disputa jurídica, y que supieron adaptarse mejor a la religión nacional; a saber: el estoicismo medio. Son sus representantes capitales todavía griegos de nacimiento, pero no sólo trabajan en el imperio romano sino que ejercen su influjo sobre romanos. Así vivió ya:

Panecios de Rodas hacia 180-110 con el historiador Polibio, largo tiempo en Roma y atrajo a su Filosofía el joven Escipion Emilianiano y a Lelio con su círculo entero. Como casi todos los últimos estoicos concebió la Filosofía solamente en su aspecto práctico y no dió ningún valor a los principios teóricos de la escuela. Además de los filósofos más importantes de su grupo estimaba a los pensadores clásicos: Demócrito, Platón y Aristóteles que cita frecuentemente en sus escritos. Supo alcanzar muchos partidarios para la corriente por él representada mediante la atenuación del rigor estoico, por ejemplo, por el reconocimiento de los bienes eternos como factores la felicidad así como por su exposición hábil y elegante. En particular tuvo grandes consecuencias el enlace de la teoría del derecho natural del estoicismo, con la ciencia positiva jurídica de los romanos. Estoicos fueron sabios y políticos tan importantes del círculo de los Escipiones, como Stilo y Q. Scevola «fundadores de la Filología científica y la jurisprudencia científica» (Mommson). De la mezcla de filosofía estoica y religión romana nació una especie de religión de estado de las gentes cultas.

Es muy verosímil que Scevola al mismo tiempo pontífice romano, tomase de Panecios su doctrina de la triple teología: la de los poetas, la de los filósofos y la de los políticos. La exposición mitológica de los primeros es falsa e indigna, la racional de los filósofos en realidad verdadera pero no accesible a la masa la tercera, que mantiene el culto tradicional, indispensable. De las obras de Panecios no nos ha sido conservado nada, sin embargo, podemos concluir de su contenido por los tres libros de Cicerón *De officiis*, a los cuales sirvió de base el escrito de Panecios «*Sobre lo conveniente*».

Más aún que su maestro Panecios, mezcló Posidonio de Siria (hacia 130-508) que dió en Rodas lecciones brillantes y muy oídas entre otros, por Cicerón y Pompeyo), la doctrina estoica con la platónica, aristotélica y otras anteriores. Aceptó además de la razón como facultades particulares del alma, el ánimo y el apetito de las cuales derivaba las pasiones. En conjunto parece más dogmático que su precursor. Se le consideró como el más sabio y científico entre los estoicos. Sus trabajos y escritos abarcan casi todas las ciencias positivas del tiempo: Matemáticas, Astronomía, Física, Geografía, Historia y Gramática de modo que Th. Gomperz le

designa como el único científico universal después de Aristóteles.

De los romanos de la próxima generación y generaciones siguientes influenciadas por el estoicismo citamos a Catón el joven (de Utica), que confirmó sus principios en su conducta en la vida y muerte (46) así como el conocido geógrafo Strabón (58 a. de C. hasta 22 d. C.).

§ 45. Otras corrientes del siglo I, antes de Cristo: Lucrecio. El eclecticismo (Cicerón, Varrón, los Sextos). El nuevo escepticismo y sus direcciones

1. LUGRECIO Y EL EPICUREISMO

Martha, Le poème de L. 4 ed. Paris 1885 Comparece también la interesante exposición en la Historia del materialismo de F. A. Lange Capítulo V. Las mejores ediciones son la crítica de Lachmann (2 tomos Berlin 1850 4 ed. 1851) y la de Munro dotada de un rico comentario (3 t. 4 ed. Cambridge 1896). Traducciones alemanas de Binder Seydel y otros (entre ellos del amigo de Goethe Knebel (1)).

T. Lucrecio Carus (92-55 a. de J. C.) caballero romano, muerto joven, fué uno de los pocos espíritus romanos ardientes que se entregó con toda su alma a un sistema determinado y aspiró a comprenderlo en sus fundamentos. Su poema filosófico en seis libros escritos en hexámetros *De rerum natura*, pertenece a lo mejor que Roma ha producido en poesía y filosofía. En él vivifica el poeta el asunto árido por sí, mediante el entusiasmo arrebatador y las descripciones animadas de la naturaleza y vida de los hombres con un lenguaje clásico y enérgico. En contradicción con el carácter alegre de los epicúreos, atraviesa un rasgo de seriedad melancólica, el poema entero de cuyo contenido damos un sucinto resumen:

L. I. La religión es una fuente de supersticiones y errores: nada nace de la nada ni nada verdaderamente perece, los átomos los principios de las cosas (primordia, principia rerum), se mueven en el espacio vacío, universal, infinito; la organización según fin del mundo es un caso especial de muchos casos imaginables. L. II. Trata del movimiento y naturaleza de los átomos en el sentido de Epicuro de un enlace de determinados átomos nace la sensación; hay un número infinito de mundos de duración y magnitud inmensa que, sin embargo, perecen del mismo modo que también nuestra tierra envejece. L. III. Combate la creencia de la inmortalidad y el temor de la muerte que de ella se originase el alma: iden-

(1) En español en la «Biblioteca clásica», Madrid. Trad. de Marchena.

tifica con el calor y el hálito vital que se separa de nuestro cuerpo con la muerte. L. IV. Se explican de un modo materialista las sensaciones humanas y particularmente el amor sexual. L. V. Da una historia de la evolución del mundo y del desarrollo de los seres vivos en particular del hombre, desde el estado primitivo, en lo referente al lenguaje, arte, estado y religión; una especie de Filosofía de la Historia interesantísima. La piedad no consiste en las ceremonias rituales sino en que se «puede contemplar todo con ánimo tranquilo» (*pacata posse omnia mente tueri*). El L. VI. Finalmente, se ocupa de los fenómenos maravillosos; magnetismo, tempestades, erupciones volcánicas, inundaciones) y las enfermedades de los hombres. La obra concluye con una conmovedora descripción de la peste, mientras que había comenzado con una invocación a la diosa de la vida (Venus).

Poco estimado por sus contemporáneos, según parece, ha ejercido Lucrecio al contrario, un influjo decisivo sobre el círculo literario que reunieron en torno suyo el emperador Augusto y su amigo Mecenas. Este influjo puede indicarse especialmente en Horacio, sobre todo en sus sátiras, quien como es conocido se designó (*Epist. I. 4 l.*) como «un cochinito del rebaño de epicuro» y más tarde, sin embargo, se acerca a concepciones estoicas. (*Si fractus illabatur orbis impavidum ferient ruinae*), por lo demás no quiso «jurar fidelidad a ningún maestro». También un epicúreo fué maestro de Virgilio y Ovidio se muestra conocedor de Lucrecio. Claro está que no se han de considerar estos poetas como filósofos. De otras personalidades conocidas se indican como epicúreas el amigo de Cicerón, Atico y a Casio, el asesino de César.

2. ECLÉCTICOS

Asimismo tuvo algunos partidarios como M. Pisón y el conocido triumviro Craso, la escuela peripatética. Pero, dada la situación del tiempo, se extendió sobre todo aquella corriente que tomaba de los diferentes sistemas lo que le parecía conveniente: el eclecticismo. Es cierto que en las escuelas filosóficas griegas ya se había revelado una poderosa tendencia a la fusión y mezcla de los sistemas y hacia posiciones intermedias (véase § 43 y § 44), pero sucedió esto mucho más aun entre los romanos para los cuales la Filosofía no era un fin, sino testimonio de educación general y en todo caso un medio para lograr una orientación ética. El prototipo de estos eclécticos es.

a) *Cicerón*. La estima excesiva en que se le tuvo en tiempos, fué combatida quizá con demasiada insistencia por Momsem y Drumann en sus obras de Historia, así que la reacción que poste-

riormente ha tenido lugar (véase Zielinski *Cicero im Wandel der Jahrhunderte* (Cicerón a través de los siglos) Leipzig 2. t, ed. 19) tiene una cierta justificación. En lo referente a las producciones filosóficas por el contrario, cuenta el juicio penetrante de Momsem con nuestro asentimiento. De la abundante bibliografía mencionamos sólo la obra fundamental: R. Herzog: *Untersuchungen su Ciceros philosophischen Schriften* (Investigaciones acerca de los escritos filosóficos de Cicerón), 3 t. Berlin 1877-83.

M. Tulio Ciceron (106-43) oyó en Atenas y Rodas, cuando joven, como estudiante y principalmente con la finalidad de una educación oratoria, a los epicureos Fedro, Zenón, a los estoicos Diodoto y Posidonio y los académicos Filon y Antioco, y obligado por el cambio de la situación política que le condenaba a un ocio involuntario, volvió en los últimos tres años de su vida a los estudios filosóficos de su juventud. En este breve tiempo escribió una serie de tratados filosóficos: uno de ellos acerca de la teoría del conocimiento (*Académica*), los demás sobre Ética. (*De finibus bonorum et malorum*, *Tusculane disputationes*, *De officiis* y algunos más pequeños como *Laelius* y *Cato Maior*), o teológicos (*De natura deorum*, *De divinatione*. *De fato*). Contiene una exhortación al estudio de la Filosofía el *Hortensius* escrito en época temprana. Omitimos citar los escritos puramente retóricos y políticos. Sobre la manera que tenía de escribir sus obras filosóficas, nos informa una frase de una carta suya a Aticos (*Epist. ad. Att. 1.II 52*). «Son obras que me han costado poco trabajo: tan sólo añadido las palabras que poseo en abundancia». En efecto, las investigaciones de los filólogos del siglo XIX han encontrado los modelos griegos de casi todos estos tratados (véase en el *Ueberweg I* § 66 los resultados capitales). A Cicerón corresponde únicamente el mérito (si se considera como tal) de haber dado a conocer a sus compatriotas (e indirectamente también a nosotros) los epigonos de la Filosofía griega en una exposición llena de gusto, pero muy superficial y recurrentemente errónea. Conoce mal a Platón y a Aristóteles, deja gustoso de lado los problemas difíciles, y le son ajenas las determinaciones precisas y exactas. En su doctrina del conocimiento se apoya en la teoría de la verosimilitud, que conviene con su modo de ser, de la Academia media y nueva como «la más modesta, consecuente y elegante manera de filosofar». Por la Física se interesa sólo en cuanto esta se halla en relación con la creencia en Dios. En su esfera preferida, la Ética popular, no se contenta con la teoría de la verosimilitud de la Academia, sino que más bien se inclina a los estoicos apoyándose sobre «los conceptos innatos» de éstos y el «consensus gentium» como medio de prueba. Su embargo, oscila a veces tam-

bien hacia los académicos, ya aprovechados por él y los peripatéticos; solamente se rechaza a los epicúreos. El más importante problema ético es para él, como para toda la filosofía postclásica la relación de la virtud y del bien moral; (en latín *honestum* = honroso) con la felicidad; después de éste el de la libertad de la voluntad, mientras que en la esfera religiosa defiende con palabras calurosas la providencia divina y la inmortalidad del alma. No puede hablarse de un serio método, en el diletantismo filosófico de Cicerón. Hay que reconocerle, sin embargo, un mérito formal: además de su clara exposición, ha sido el creador de la terminología filosófica para los romanos. Esto le hizo inmediatamente, después de Aristóteles, el más importante maestro filosófico de la Edad Media.

b) *Varrón*. El amigo de Cicerón y sabio escritor y polígrafo M. Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.), fué original como literato pero insignificante como filósofo. Satirizando la ocupación con problemas teóricos como completamente frívola, vió el fin único de la Filosofía en la felicidad del hombre. Desde un punto de vista por completo superficial distinguió nada menos que 288 tendencias filosóficas. En la ética siguió en conjunto a su maestro Antíoco (§ 43) y unió con las teorías académicas principios estoicos y algunos pitagóricos. Lo mismo que Cicerón mantuvo la doctrina de la triple religión (véase *Panecio*). Sus «Sátiras Menipeas» llamadas así por el filósofo cínico Menipo que vivió en el siglo III, criticaban con cínica rudeza la excesiva cultura de su tiempo. A M. Bruto (el conjurado) se considera en la *Ética* como estoico, en lo restante como académico.

c) Durante breve tiempo floreció en Roma, (hacia el comienzo de la era cristiana) la escuela de los Sextos, cuyos miembros más importantes fueron Q. Sextos padre e hijo y el alejandrino Soción maestro de Séneca, que escribió en griego. La fama de los Sextos reposa más en su conducta digna y llena de seriedad ética, que en la originalidad de su filosofía, que se acercaba a la estoica y a la que se añadieron en Soción antiguos elementos pitagóricos (examen de conciencia diaria, transmigración de las almas, abstención de alimento animal). También el cristianismo primitivo enlaza con ella. Existen varias refundiciones cristianas «de las sentencias de Sexto» en griego, latín y sirio, procedentes de antes del año 200 después de J. C.

3. EL NUEVO ESCEPTICISMO

a) Enesidemo. b) Sexto Empírico

Compárese la parte correspondiente de P. Natorp Forchungen usn (Investigaciones, etc.). Sobre la historia externa, véase Haas, De philosophorum scepticorum successioneibus, Würzburg 1875 (del mismo otras obras).

a) Como ya vimos, había tenido lugar en la época que nos ocupa una paralización filosófica casi general, el eclecticismo, no significaba mucho más que un escepticismo moderado. Es así, comprensible que hallasen también una renovación las antiguas y más enérgicas teorías pirrónicas escépticas. La época en que vivió su representante capital Enesidemo de Cnosos (en Creta), que enseñó en Alejandría, es bastante incierta. Si L. Tubero, a quien según el bizantino Focio, dedicó aquél su obra principal resumida por el mismo Focio, *Los discursos pirrónicos*, es el amigo de este nombre de Cicerón, habría transcurrido su vida en la época de éste, a saber en la primera mitad del siglo I a. de C. (lo que defienden *Diels Natorp Haas*), pero si es, al contrario, cierta la enumeración de los «diádocos» (directores de la escuela escépticos dada por *Diógenes Laertius IX 116*) a lo que se inclina *Zeller*) más bien ya en el tiempo de Cristo.

Frente al dogmatismo creciente de los estoicos y Epicúreos, ante el que la nueva Academia se había finalmente rendido, renueva Enesidemo la tradición del antiguo escepticismo pirroniano. Parece que fué él quien por primera vez expuso los 10 tropos (τρόποι) o tipos de fundamentaciones de la duda. Estos indican la relatividad de todo nuestro conocimiento, condicionado por las diferencias y por la capacidad de apreciación, en los seres vivos en general y en particular en el hombre, donde a su vez procede de las diferencias de los órganos sensoriales, estados, comarcas, educación, costumbres. Estos diez «tropos» fueron reducidos más tarde a cinco y todavía después a dos: no es posible ni la certidumbre mediata ni la inmediata. El filósofo a quien se hallaba de los restantes, más próximos, Enesidemo era Heraclito; consideró aquel el método escéptico como la clave para entender la doctrina mantenida por el último, del fluir de todas las cosas. Cuando los escépticos, por otra parte, hacían de los fenómenos (φαινόμενα) criterio, no querían con esto convertir toda verdad en apariencia. No negaron la posibilidad de la investigación empírica y de la verdad relativa empírica. También concedieron que se podía concluir del humo a la llama, de la cicatriz a la herida y especialmente

Euedemo aceptó un «fenómeno en general» (κοινῶς φαινόμενον) Combatieron con celo el dogmatismo. «Quien deja todo indeciso, considera las consecuencias y no cae en conflicto consigo mismo; las otras se contradicen sin saberlo». Su Zetética (véase § 42) tiene como en Pirrón un sabor muy positivo. No quiere acabar con la investigación de la verdad, sino más bien fundamentarla por su examen dubitativo así como por su crítica de toda precipitación y propia satisfacción. Por esto llamaron los nuevos escépticos a su filosofía modestamente, una «introducción» (ἀγωγή).

b) Así, pues, no fué este escepticismo ninguna vana sofística sino comparable al positivismo moderno, un sano «dique de la razón dogmática» (Kant, Crítica de la Razón pura, pág. 633). Lo cultivaron por esto particularmente hombres que se ocupaban de las ciencias de la naturaleza, la mayor parte de los escépticos son médicos. Hacia fines del siglo II, después de Cristo, existió en Alejandría una escuela de «médicos empíricos» que consideraron las discusiones dogmáticas de las gentes de su oficio sobre las causas de las enfermedades, sin objeto, y se entregaron a la experiencia, esto es, hicieron uso de la observación exacta y frecuente. Han sido reconocidos por los historiadores de la medicina (*Sprengel, Hæzer*) sus principios como penetrantes, fundamentales y llenos de utilidad para la determinación de los hechos. El representante principal de este empirismo escéptico o escepticismo empírico, que exponemos aquí a causa de su contenido, fué el médico Sexto que llevó el sobrenombre de Empírico, en Alejandría, cuyos trabajos científicos transcurrieron hacia 200 d. J. C. De él se han conservado tres obras, importantes especialmente como fuentes: 1. Tres libros: *Bosquejos pirrónicos* (Πυρρώνειοι ὑποτυπώσεις) traducido en alemán y explicado por Pappenheim 1877-81 (*Philosophische Bibliothek*). 2. Seis libros *contra los matemáticos*, esto es, los representantes de las ciencias positivas; Gramática, Retórica, Geometría, Aritmética, Astrología, Música). 3. Cinco libros *contra los dogmáticos*, esto es, Lógica, Física y tratadistas de ética. El 2 y el 3 se reúnen habitual y falsamente bajo el título de *Adversus Math.* I. XI ed. J. Beeker 1842). En desquisiciones penetrantes, pero secas y en parte muy pródigas se exponen todos los argumentos escépticos contra la posibilidad de una prueba absolutamente segura y particularmente ensayando probar que el concepto de causalidad es sólo relativo, combatiendo la prueba dogmática de la existencia de Dios (no de la creencia de los dioses populares). En la Ética fué considerado como fin supremo la ataraxía o inquebrantable paz del ánimo.

§ 46. El escepticismo de los tiempos del imperio.

Matiz religioso de la Ética

Sobre el estado general, véase L. Friedlander, Sittengeschichte Roma (Historia de las costumbres de Roma) t. III especialmente páginas 659-734 (Die Philosophie als Erziehung zur Sittlichkeit. La filosofía como educadora ética).

En los dos primeros siglos del imperio era de buen tono entre los romanos cultivados ocuparse de Filosofía. El emperador Augusto, que escribió una «exhortación a la Filosofía» favoreció esta corriente y los hombres del círculo literario que le rodeaban (Horacio, Virgilio, Livio) poseían una mayor o menor cultura filosófica (véase § 45). Lo mismo puede decirse de los emperadores del siglo II. Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio. Es cierto que la mayoría de los romanos distinguidos, según dice Tácito, cultivaron la Filosofía tan sólo «para ocultar bajo un nombre sonoro la inercia de su ocio»; hasta las mujeres coqueteaban con ella. Era frecuentemente costumbre tener un filósofo o al menos invitarlo a las grandes fiestas para discutir con él o recrearse en su discusión (por ejemplo, Nerón). Muchos de estos «filósofos» retóricos que trataban de copiar al cosmopolita cínico, por la barba larga y el manto escaso, llevaron al descrédito la Filosofía por su adulación servil, o por su corrupción moral. Junto a tales elementos despreciables hubo, sin embargo, naturalezas viriles de antigua cepa romana a las que no pudo doblegar el cruel despotismo de un Calígula, Nerón y otros, sino que las incitó a oposición temeraria, aun más, a sacrificar su vida en aras de su convicción, y no es la menor gloria del estoicismo el haber sido su Filosofía precisamente la que dió la interna serenidad y el valor a estos hombres de carácter y amigos de la libertad, como Peto Taracea y Helvidio Prisco. Sin embargo, una historia de la filosofía no tiene que ocuparse de estos estoicos. También debemos omitir los poetas que se inclinaron al estoicismo: Persio y Lucano. Tratamos sólo de los representantes filosóficos más importantes y originales: Séneca, Musonio Rufo, Epicteto y Marco Aurelio.

1. SÉNECA

De la riquísima bibliografía, acerca de Séneca (véase Ueberweg Preachter, Apéndice pág. 105-107) pueden citarse: Chr. Baur, Séneca und Paulus (Séneca y San Pablo) en 3 tratados para la historia de la filosofía antigua editadas por Ed. Zeller, Leipzig 1875. A. Gercke, Séneca Studien, (Estudios sobre Séneca) sahruck f. Plaes Phil. Supl. Band. (Anuario de filosofía clásica suplemento) 22 (1896). Nueva edición crítica de sus obras filosóficas en Teubner (desde 1898) en 4 to-

mos. *Una reducida selección en traducción alemana de Preisendanz. (Sena, Diederichs (1908)). (1)*

L. Anneo Séneca (3-65, d. J. C.), nacido en Córdoba en España, desterrado bajo el reinado de Claudio, después maestro y más tarde ministro de Nerón, obligado a morir por éste, es una de las personalidades más brillantes del tiempo. Es verdad que no estuvo completamente limpio de las seducciones que siempre acosan al que se halla en poder de la fuerza, pero lo delinquirlo, lo expió con la muerte. Se han conservado muchas de sus obras. No tenemos que ocuparnos aquí de sus tan patéticos dramas. También son insignificantes como Filosofía sus siete libros *Questionum naturalium*, es decir, cuestiones de Física, especialmente de Meteorología que reposan en gran parte en Posidonio y que en la Edad Media sirvieron como libros de texto. Por el contrario nos interesan sus numerosos tratados ético-religiosos, las más veces escritos en forma de cartas: Sobre la providencia, la firmeza del sabio la cólera, la brevedad de la vida, el ocio, la vida feliz, la paz del alma, la dulzura, la beneficencia, finalmente las cartas de consolación y ante todo las doce «cartas morales» a su amigo Lucilio. Méritos suyos son: elevación de pensamiento, plenitud y finura de observación, riqueza del saber y brillante (demasiado brillante) exposición: Sus flacos: retórica excesiva, falta de cohesión sistemática y efectismo que frecuentemente encubre la pureza de sentimiento que se halla en el fondo.

Como se deduce de los títulos, se hace notar en Séneca un cambio de dirección de la Ética estoica. No se nos presentan ya investigaciones filosóficas sobre la esencia de la virtud, sino exhortaciones populares de intenso matiz religioso. «Acción, no palabras enseña la Filosofía» y se la debe considerar como un remedio, no como una distracción. Como fin ético, basta la única fórmula: «siempre fiel a sí mismo» (ὁμολογισμέτως) o «querer siempre lo mismo y no querer siempre lo mismo». Séneca ya no posee la confianza en sí mismo del antiguo estoicismo. Se halla más bien penetrado por el sentimiento de la debilidad humana y de su inclinación al pecado. Experimenta la nostalgia de libertarse de los lazos del cuerpo y de la miseria terrenal y ensalza la muerte como comienzo de una vida nueva y verdadera. Con todo esto va naturalmente enlazada una acentuación más intensa del elemento religioso: creencia en una providencia, en Dios como en nuestro padre, sumisión a su voluntad, agradecimiento por sus beneficios, esperanza en la prolongación de la vida, en un más allá mejor, mientras que la existencia presente es sólo una prueba. En la Ética predica dulzura, compasión, cosmopolitis-

(1) Trad. castellana en la «Biblioteca Clásica».

mo, amor de los hombres hasta a los enemigos. Los esclavos son también nuestros hermanos, pues el espíritu, no puede hacerse esclavo. Séneca es el primer romano que ha condenado las luchas de los gladiadores.

Estas ideas están tan próximas a las cristianas que se ha querido hacer de Séneca un cristiano en secreto y que ha podido hallar fe una correspondencia imaginada entre Séneca y Pablo. (Semejantes medios impuros para fines que se consideran buenos no son nada raros en los primeros siglos cristianos.)

2. MUSONIO RUFO

Wendland; Quaestiones Musonianae 1886.

Más exclusivamente que Séneca se ocupó de cuestiones meramente éticas, el caballero romano Musonio Rufo de Volsinii en Etruria que enseñó en Roma con gran éxito bajo Nerón, Vespasiano y Tito, completamente en un sentido práctico. El único fin de la Filosofía es la virtud que se logra mucho más por el ejercicio que por el saber. Ser filósofo y ser bueno, es todo uno. Por esto también hay que educar en la Filosofía a las mujeres. Musonio recomienda la vida del campo, el trabajo, la moderación, castidad y la gran sencillez. Se acerca en esto al cinismo mientras que los rasgos religiosos en los fragmentos, que se conservan de él (en la Antología de Stobeus) están menos acusados.

Acerca del contenido esencial de lo defendido por Musonio estamos informados detalladamente por las conversaciones conservadas en su mayor parte de su discípulo.

3. EPICTETO

Sobre Epicteto véanse las dos sólidas y extensas obras de Bonhoeffer. Epiktet und die Stee (Epicteto y el estoicismo) Stuttgart, 1890 y Die Ethik des Stoikers Epiktet. (La ética del estoico Epicteto), 1894. De sus relaciones con el cristianismo trata el discurso editorial que se llame así de Zahn Erlangen, 1894 y (más profundamente) K. Vorländer: Christliche Gedanken eines heidnischen Philosophen (Ideas cristianas de un filósofo pagano) (Preuss. Jahrb. (Anual prusiano) Agosto, 1897, págs. 193-222. (La mejor edición del texto es la de H. Schenkel. Leipzig, 1894. El manual y una selección de las conversaciones se han traducido modernamente varias veces en alemán entre otros por Grabisch, Jena, 1905, Capelle, Jena 1906.

Epicteto, nacido hacia mediados del siglo primero, después de Cristo en Hierópolis, (Frigia), vino pronto como esclavo a Roma, recibió de su dueño, un liberto de Nerón, la libertad, fué discípulo Vorländer.—Historia de la Filosofía

de Musonio y después predicador popular de los principios estoicos primero en Roma, y más tarde de la expulsión de los filósofos de allí por Dominiciano en el pequeño puerto Nocropolis en Epiro, donde murió hacia el 120 d. C., muy conocido como maestro de Ética; aún después de su muerte fué muy venerado. Sus discursos y sus diálogos se han conservado en gran parte en las notas de su oyente Arriano: cuatro libros de «conversaciones» (Διατριβαί) en 95 capítulos, además un breve resumen, el «Manual» (ἑγχειρίδιον) con 52 partes breves o sentencias, y finalmente todavía 180 fragmentos conservados por otros.

También en Epicteto pierden importancia, la Lógica y la Física, ante el fin de la vida, ante la Ética. Epicteto, es completamente un predicador de moral práctica, no en aburrido estilo, sino en un lenguaje vario popular y lleno de hábiles parábolas, en lo que se asemeja, como en su aspecto físico insignificante, (tenía un pie paralizado según se dice, por malos tratamientos durante su esclavitud) más a Sócrates, que a Séneca, al cual sobrepuja con mucho por la pureza de su carácter. No da valor a la exposición brillante; quiere hablar tan sólo a la conciencia de sus oyentes y dirigirlos por el camino del bien. El filósofo debe ser médico del alma, debe sanar el espíritu enfermo. Al contrario concuerda a menudo, en cuanto al contenido con Séneca y con el fondo religioso de la doctrina del Nuevo Testamento. Así, ante todo en su alta y pura concepción de Dios, en su intensa veneración, en su sumisión humilde y confiada a lo que la divinidad (o el destino) ha determinado para nosotros. Todos somos hijos de Dios y debemos, con esta creencia, soportar pacientemente los males que para nuestra prueba pesan sobre nosotros; en casos extremos, es cierto, consideró, con los restantes estoicos, lícito el suicidio. También la exigencia de pureza de alma y moderación, la prohibición del juramento y del adulterio, la ausencia tan poco griega y romana de interés por la familia amistad y estado en favor del amor universal humano y fraternal, que comprendía también a los esclavos, la dulzura, compasión y paciencia junto a la cólera moral, donde ésta es precisa, son rasgos que corresponden por completo a la concepción del Nuevo Testamento.

Y sin embargo, es el fundamento en ambos radicalmente distinto; en el Nuevo Testamento, la revelación divina constituye el único criterio, en Epicteto, nuestra razón. El alfagóymega de la moral de Epicteto consiste en la acentuación de lo que «está en nosotros» (τὰ ἐφ' ἡμῖν) y de lo que «no está en nosotros» (τὰ οὐκ ἐφ' ἡμῖν). A lo último debemos someternos tranquilamente; el conocimiento de lo primero, al contrario, debe llevarnos a la realización enérgica del bien supremo que no es concedido: la libertad

de nuestra voluntad. Solamente por su propia fuerza puede y debe el hombre llegar al conocimiento de la verdad, y de Dios y al progreso ético. Así no intenta ser Epicteto más que un estoico. Su veneración de los filósofos de la escuela, Zenón, Cleantes y Crisipo se une con la idealización usual en la escuela de Hércules, Sócrates y Diógenes como modelos de virtud y con una aproximación a un cinismo atenuado (véase más adelante en el 4). Por el contrario, no puede aceptarse una relación con el cristianismo como le supone Zahn. Además falta en Epicteto la creencia de Séneca en una supervivencia personal después de la muerte.

4. MARCO AURELIO. FIN DEL ESTOICISMO

Watson, The life of M. A. (La vida de M. A.) 1884. Renan M. A. et la fin du monde antique 1882. E. Zeller Vorträge und Abhandlungen (Conferencias y tratados), I, 82-107. Sus «meditaciones» ed. Stich, 2 ed. 1903. En alemán por Wittstock, (Reclam), 1879 und O. Kiejer (Die-demichs) 1906 (1).

El último filósofo importante de los estoicos del imperio es (un signo de su influjo y de la regeneración moral del tiempo) su representante en el trono imperial. Marco Aurelio: «el filósofo» (121-180). Sus «meditaciones» (Τὰ εἰς ἑαυτὸν, «A sí mismo») concuerdan en cuanto a su contenido casi completamente, con lo que enseñó el esclavo de Hierópolis muy venerado por este estoico emperador, tan sólo en él se nota una tendencia más espiritualista con inclinación al misticismo, mientras que Epicteto actúa en la vida real y se halla alejado de toda mística; aconseja Marco Aurelio el volver sobre sí mismo para conversar con su propio *genio*! Distingue más claramente que sus predecesores entre cuerpo y espíritu; Dios, ve el alma puramente, sin envoltura corporal. Frecuentemente ansía llegue la hora, de que el espíritu abandone el cuerpo de polvo. Así constituye el tránsito al neoplatonismo (Cap. 14 y 15). Sin embargo no conduce este punto de vista a la glorificación de la pura contemplación. Al contrario, se ha venido a este mundo para la acción.

Es sólo una rama del estoicismo el cinismo que se renació en el siglo I de Cristo, con el que vimos que ya Epicteto se hallaba en relación. Sin importancia, filosófica surgió, como reacción contra la cultura excesiva del imperio romano y floreció en hombres como Demetrio, en tiempo de Séneca muy alabado por éste y como amable y humano Demonax de Atenas (70-170) sobre el que trató Luciano en una obra propia, caracteres simples, puros, sin temor de la corrupción moral reinante mientras que otros como Peregrinos

(1) Traducción castellana.

Proteus, conocido igualmente por Luciano (Wieland), de un espíritu inquieto, llevaron una vida aventurera, y otros aún finalmente como ya se dijo antes (pág. 178), cultivaron bajo el manto del cinismo la haraganería parasitaria, la vanidad personal y la conducta inmortal.

De los no filósofos, o mejor dicho, a medias filósofos, pertenecen a este grupo el orador bitinio, Dio Crisóstomo, es decir «boca de oro», cuyos sermones éticos populares indican una cierta predilección por el cinismo. El hábil satírico Luciano, (véase *J. Bernays Lucian und die Rymker. Luciano y los cínicos*) 1879, se limita cuando intenta filosofar por sí mismo, renunciando a toda teoría a algunas prescripciones morales populares. Del todo ecléctico es el famoso médico Galeno de Pérgamo (131-201), que se inclinó en la Lógica a Aristóteles en la Ética, a Platón y a los estoicos, que llegó desde su punto de vista naturalista al reconocimiento de la seguridad de la percepción de los sentidos y además admitió verdades lógicas, racionales y puras.

Aunque la escuela estoica, termina en el siglo II, después de Cristo, han influido sus concepciones mediata o inmediatamente de un modo duradero en la evolución filosófica de los tiempos posteriores tanto en la antigua Filosofía, como en la Edad Media cristiana. Aun más, su fondo ético conserva su valor para todo tiempo. De las restantes escuelas logró una, aunque en nueva forma, un segundo esplendor. Llegamos con esto al último período, esencialmente teológico de la Filosofía antigua que se enlaza ya con el neoplatonismo. Es preciso antes considerar sus precursores.

CAPITULO XIV

Precursos del neoplatonismo

§ 47. Neopitagóricos y platónicos pitagorizantes

Véase *H. Thiersch, Politik und Philosophie in ihrem Verhältnis zur Religion unter Trajan Hadrian, und den beiden Antoninen. (Política y Filosofía en su relación con la religión bajo Trajano, Hadriano y los de Antonino)* Marburgo, 1853. Schemekel loc. cit. pág. 403-439. Sobre el estado religioso, véase *Friedländer. loc. cit. págs. 507-658.*

Ya hemos visto anunciarse en lo anterior varias veces, la época teológica, más bien teosófica con que termina la Filosofía antigua.

Cada vez se pone más de relieve, la renuncia a la capacidad del conocimiento humano, cada vez es más fuerte la inclinación hacia lo que parecía lo único firme, el mundo de la conducta ética como el mejor medio para la felicidad y en esta esfera, es, cada vez más frecuentemente la fé en un poder más alto, apoyo y sostén de nuestra personalidad necesitada de ayuda. Etapas en este camino fueron: Cicerón, Séneca y Marco Aurelio. A esto se une con frecuencia un hastío del presente que llega hasta el asco, un ansia hacia algo nuevo y redentor, que se espera no ya de la razón humana, sino de la revelación sobrenatural. No es pues de extrañar que muchos espíritus llenos de desesperación cayeran finalmente en la superstición o el misticismo y que tuviera lugar una mezcla de religiones, como nunca había existido antes, sin que con esto se alcanzase una satisfacción interna. Hasta qué punto intervino aquí el cristianismo en el desarrollo de la civilización, se discutirá en los próximos capítulos. En este lugar tenemos que ocuparnos tan sólo de los últimos ensayos de restauración religioso-teosóficos dentro de las concepciones antiguas del mundo.

Vinieron al encuentro de la tendencia filosófica de entonces, dirigida en primera línea a problemas teológicos o enlazados con estos de los sistemas antiguos, sobre todo, el pitagórico y el platónico; el último, es cierto, en un aspecto especial de su forma, y ambos mucho menos como doctrinas que como tipo de vida.

1. LOS NEOPITAGÓRICOS

Como el primer renovador de la filosofía pitagórica entre los romanos, se considera al sabio amigo de Cicerón P. Nigidio Figulo († 45 a. de Cristo. Sus fragmentos, con una investigación sobre ellos editados por *A. Swoboda*, Viena 1889) del que sin embargo, se sabe muy poco. Siguió a éste el ya citado (§ 45, 2 c.) Soción de la escuela de los Sextos. En la época de Nerón, vivió Moderato de Gades, mientras que en la misma época, Apolonio de Tiana, atravesaba el imperio romano como taumaturgo, el que más tarde (hacia el 200 d. C.) aparece en Filostrato transformado en un equivalente pagano de Cristo (con nacimiento de una virgen, curaciones milagrosas, omniscencia y omnipotencia, resurrección, desaparición de la tierra entre otras cosas); dicho sea de paso una prueba de hasta qué punto se consideraba entonces como en todo tiempo, por parte de los adeptos de una religión, necesario elemento no religioso en su fundador (véase *Chr. Baur Apollonius und Christus (Apolonio y Cristo)*, edit. por Zeller, 1876). Estos neopitagóricos renuevan y amplían las especulaciones matemáticas pitagóricas (§ 3) interpretan la Física platónica (§ 23) en parte literalmente, y en parte dándola

un sentido distinto y consideran los números que son al mismo tiempo los modelos de todas las cosas, como ideas, esto es, pensamientos de la divinidad. El último fundamento de todo lo creado, es la unidad como forma, causa activa, divinidad; se halla opuesto a ella en un dualismo radical, la materia. (El lector, atento advertirá junto a elementos aristotélicos elementos pitagóricos y también de la Academia antigua § 26, Combinaciones semejantes de elementos tomados de otras corrientes, se hallan en la Física (perfección del mundo de los estoicos, eternidad del mismo de Aristóteles) y en la ética de los neopitagóricos. Lo original y nuevo consiste propiamente tan sólo en sus concepciones religiosas. Con un purificado mono-teísmo, con una adoración de Dios como puro espíritu mediante la plegaria mental y la vida virtuosa, se enlaza el supuesto fantástico de una serie de demonios o dioses inferiores, en los cuales halla auxilio, el hombre para la realización de su misión, y dominio de la sensibilidad, por el puro espíritu; ya sea mediante la iluminación inmediata, el oráculo o la mediación de sabios especialmente inspirados por Dios, que participan la revelación divina como Pitágoras mismo, de quien se forman ahora numerosas nuevas leyendas y Apolo de Tiana. También se acusan tendencias ascéticas en unión con el antiguo pitagorismo: abstención de comer carne, beber vino, del sacrificio de animales, del matrimonio, uso de vestidos de lana, comunidad de bienes. El último neopitagórico es Nicomaco de Gerasa (Arabia), autor de una aritmética «teológica» «teología aritmética» que en un resumen nos ha conservado el bizantino Focio.

2. PLATÓNICOS PITAGORIZANTES DEL SIGLO I y II DESPUÉS DE J. C.

Véase R. Volkmann, *Leben Schriften und Philosophie des Plutarch*. (Vida escritos y filosofía de Plutarco,) 2 ed. 1872.

a) El más importante de ellos es Plutarco, que fué largo tiempo arconte y sacerdote en su ciudad natal Queronea, (hacia 50-125 d. C. y que escribió además de sus conocidas biografías una serie de obras de moral (en la colección de estas llamadas *Moralia*, se hallan por lo demás muchos tratados que le son falsamente atribuidos). El sentido moral de Plutarco es noble, dulce y razonable, en cambio sus concepciones religiosas rayan claramente en el misticismo. Externamente se apoya en Platón; lo entiende sin embargo, esencialmente al modo neopitagórico e interpreta sus mitos de una manera dogmática acusando intensamente el aspecto dualista. La divinidad se halla elevada sobre el mundo (transcendente) y es sólo cono-gible para nosotros en sus efectos como providencia. En la materia existe un anhelo hacia lo divino, pero junto a esto — y no sólo en

el alma del hombre — un principio malo, para cuya explicación se emplean concepciones religiosas persas y egipcias. Entre la divinidad y el hombre median también, según Plutarco, daimones buenos y malos. Tampoco puede el débil espíritu de Plutarco a pesar de su celo contra la superstición, pasarse sin revelaciones sobrenaturales e iluminaciones, predicciones, inmortalidad personal, con transmigración de las almas. Frente a la religión popular se coloca amistosamente y trata de justificarla por interpretaciones alegóricas. Todas las religiones proclaman en el fondo el mismo Dios.

b) Cercanos a Plutarco se hallan platónicos posteriores como el retor Máximo de Tiro, Apuleyo de Madaura (nacido hacia 130), autor de la conocida novela «El asno de oro» con su hermoso episodio del Amor y Psiquis, (1) el matemático Teo de Esmirna y otros. No sólo la patria, sino también las ideas de este hombre en particular su creencia en los daimones radican en Oriente. A ellos pertenece también Celso, el enemigo del cristianismo (hacia 180), cuyo libro combatido por el padre de la Iglesia Orígenes «Verdadera palabra» (*Λόγος ἀληθής*) ha sido restaurado por el teólogo de Zurich, Keim mediante las citas de Orígenes, (con traducción y explicación de «este escrito, el más antiguo polémico de la concepción antigua contra el cristianismo» Zurich 1873). Además, el sirio Numenio que vivió el mismo tiempo y que fundió elementos pitagóricos, con elementos platónicos y orientales; llama a Platón un «Moisés (!) hallanado ático» y acepta una especie de trinidad: 1. el «primer» dios (padre), 2. un divino creador del mundo (hijo), 3. el mundo mismo (nacido de ambos).

Según parece, de una rama egipcia de estos platónicos pitagorizantes o platonizantes neoplatónicos, proceden los escritos que nos han sido transmitidos bajo el nombre del «tres veces grande», Hermes, Hermes Trimegisto, y que según su contenido pueden ser incluidos entre los neoplatónicos. Dios, existe sobre todo ser y sobre toda razón; el mundo es el segundo, el hombre el tercer dios. La Filosofía coincide con la piedad y el apartamiento del mundo de los sentidos.

Mientras tanto, se había formado en el Oriente, desde largo tiempo una corriente teosófica de diferentes elementos, que se designa como la filosofía o teosofía judaico-alejandrina.

(1) Traducción antigua castellana «Biblioteca clásica».

§ 48. La Teosofía judaica-alejandrina

Véase la literatura en el 2.

1. PRECURSORES DE FILÓN

El monoteísmo judío con su decidida contraposición de Dios y mundo, su creencia en los ángeles y demonios, sus profecías y revelaciones, su concepción del espíritu y de la sabiduría de Dios vino al encuentro de la corriente del pensar teosófico, antes bosquejada.

a) La secta judía de los esenios o eseos, surgida hacia mediados del siglo II a. d. Cristo, quizá bajo el influjo de elementos persas y budistas en el Jordán oriental y que en el tiempo de su florecimiento contaba 4000 adeptos, muestra muchos rasgos emparentados con las corrientes que nos ocupan: extrema simplicidad de la vida, veracidad, vigor ético, abstención de vino, carne, y matrimonio; prohibición del juramento, abluciones cotidianas, comida en común, comunidad de bienes, reprobación absoluta de la esclavitud, la más grande dulzura, a lo que se añadía un espíritu riguroso de orden y organización jerárquica de tal modo que casi puede compararse con una orden monacal cristiana. Sus doctrinas secretas, no han sido conocidas fuera de su círculo. Se sabe solamente que daban gran valor a las profecías, la creencia en los ángeles, y la preexistencia e inmortalidad del alma. Igual significación han tenido los «terapeutas» en Egipto, si esta secta ha existido, lo que *Graetz* (*Geschichte der Juden, Historia de los judíos, tomo III*) y *Lucius* han combatido: véase sobre ambas también: *Geshichte der chistlichen Ethik (Historie de la Ética cristiana (de Theob. Ziegler pág. 35-40.*

b) Con seguridad puede indicarse el enlace de la Teología judaica con la Filosofía griega por primera vez en el judío griego Aristóbulo que vivió en Alejandría centro de la fusión de las religiones, hacia la mitad de II antes de J. C. y que fué considerado como peripatético por los padres de la Iglesia Clemente y Eusebio. Escribió una exégesis del Pentateuco (los cinco libros de Moisés), dedicada al rey egipcio Ptomeneo Filometor en la que citó versos falsificados de Homero, Hexiodo y del supuesto Orfeo, según los cuales éstos habían aprovechado los escritos del Antiguo testamento; lo que aún habrían hecho más Pitágoras y Platón. Por otra parte interpretó el antropomorfismo del Antiguo Testamento de un modo alegórico, por ejemplo: la luz de la creación como la sabiduría que todo lo ilumina; el vagar de Dios en el paraíso indicaría ciertos sucesos de la naturaleza, etc. Lo que de sus puntos de vista propios expone no contiene ningún rastro aún del pensamiento de Filón. *Schurer Geschichte, des judischen Volke im zeitalter Jesu Christi, (His-*

toria del pueblo judío en el tiempo de Jesucristo) 1886 y Joel dan absolutamente de la autenticidad de los fragmentos conservados.

c) Más claramente se notan estas huellas ya en el libro, que se considera entre los llamados apócrifos de las ediciones cristianas de la Biblia: *La sabiduría de Salomón*, que fué escrito en el siglo I antes de Jesucristo, por un judío de cultura helenística y muestra junto a influjos platónicos, influjos estoicos y de Heráclito. La sabiduría de Dios es la emanación de su magnificencia, su espíritu extendido por el mundo entero, que toma por morada las almas elegidas de Dios. Nombre (ἅγιον πνεῦμα) y concepto indican ya «el Espíritu Santo» de la Iglesia. Recuerda a los neopitagóricos y platónicos la doctrina de la preexistencia del alma, de su resurrección y de su recompensa en un más allá, mientras que la antigua concepción judaica nada sabe de una inmortalidad de alma, al menos no se dice de ella nada determinado.

2. FILÓN (EL JUDIO)

Además de la Historia del judaísmo de Jost, Graetz, Abr. Geiger Ewald, véase entre la literatura mencionada en el § 68 del Uebeweg-Praechter: Gfroerer, Kritische Geschichte des Urchristentums (Historia crítica del cristiano primitivo) 1831. Dahme, Gesschichliche Darstellung der jüdschalexandrinische Religion, philosophie (Exposición histórica de la filosofía de la religión alexandrina judaica) 1834 Heinze: Lehre vom Logos (Doctrinas del Logos) 1872. También el capítulo XII de Max Muller, Theosophical Religion (Religión teosófica) traducción alemana 1894. Modernamente: Falter, Philo un Plotin (Filón y Plotino) 1906 junto a las grandes ediciones científicas de L. Cohn y P. Wendland (5 t. 1896-1907) existe también una pequeña de los mismos editores (igualmente 5 t. 1896-1906). L. Cohn ha comenzado una traducción alemana, cuya parte I, ha aparecido en 1909.

En Alejandría, se había fundido íntimamente la vida espiritual griega y judaica, lo que lo prueba, entre otras cosas la traducción del Antiguo Testamento, al griego se llama Septuaginta, comenzada ya a principios del siglo III. Del mismo modo que el judío alexandrino con respecto al comercio y a la política se sentía una parte importante del imperio greco-romano, era su natural tendencia que aun duró en la época romana aproximar la cultura (Filosofía) griega y judía, y en lo posible fundirlas. Todos los esfuerzos aislados de este tipo se concentraron en la personalidad de Filón, judío alexandrino de distinguida familia sacerdotal, que el 40 después de Jesu-

cristo representa, a la cabeza de una embajada, los intereses de sus compatriotas, ante el emperador Calígula en Roma. Era entonces ya anciano; se calcula vivió entre el 25 a. de J. C., al 50 de J. C.

Poseemos aún gran número de sus escritos que en la mayor parte ofrecen la forma de comentarios al Pentateuco, pues Filón es en primer término, judío. Se halla penetrado de la más grande veneración por los libros santos de su pueblo y considera como literalmente inspirados, no sólo el texto original sino también la traducción de los «Setenta». Sin embargo, admira junto a Moisés como el mayor filósofo, también la sabiduría de Platón Pitágoras, Parmenides y Empedocles, así como la del fundador del estoicismo. Para poder poner de acuerdo ambas cosas usa sin vacilar, el medio ya empleado por Aristóbulo: la interpretación simbólica ilimitada de los escritos del Antiguo Testamento. Es indigno y supersticioso por ejemplo representarse a Dios con pies para andar; el árbol de la vida significa el temor de Dios, Caín, la sofística, etc. Muchas veces, especialmente en datos históricos y leyes del ceremonial judío, considera valederos al mismo tiempo los dos sentidos, el literal y el simbólico y más alto.

Sin embargo, fué influido, profundamente por la Filosofía griega ante todo, por Platón. Como especialmente, he indicado Falter en su escrito antes citado, se hallan contenidos motivos importantes del idealismo platónico en la Filosofía de Filón. El testimonio de los sentidos es para él inseguro; el ser verdadero se halla en el pensar. Por esto necesita de la ciencia, la razón pura (νοῦς), que «ve» lo pensado, para conocer lo incorporeal. La esencia del pensar es la unidad. Por consiguiente, es el fin supremo al que puede llegar el pensamiento de los hombres, el conocimiento del ser uno, absolutamente, simple, sin propiedades que al mismo tiempo, es el bien primero y perfectísimo. En breve, el concepto central, de la Filosofía de Filón, en el que culmina su interés teórico y ético, es la divinidad. La concepción que de Dios tiene Filón, es en extrema pura y elevada. Dios está tan alto sobre la finitud, que todos los hombres y cualidades que se le atribuyen se hallan muy lejos de agotar su ser. Podemos concebir, no lo que él es, sino que él es, de aquí su nombre de Jehovah (yo soy el que yo era). Es perfectísimo, más perfecto que las ideas de la verdad, bondad y hermosura, al mismo tiempo la causa de todo, omnipotente e infinitamente bueno en posesión de la más pura felicidad pero sin hallarse en ningún lugar determinado. ¿Cómo es posible, dada su total externidad del mundo, una intervención de Dios en él, tanto más cuanto que su pureza se mancharía con el más pequeño contacto de la materia». Para este fin, se ha producido Dios instrumentos particulares, que son expuestos tan pronto como ideas [(ιδέαι) tan pronto como fuerzas (δυνάμεις) (como por

ejemplo: su poder y su bondad), tan pronto corporalizados como espíritus que le sirven que le rodean a manera de una corte en diversas categorías y que además, pueden aparecerse á hombres particularmente piadosos (Abraham). Se revela aquí la mezcla de la creencia judía en los demonios y los ángeles, con las ideas platónicas concebidas como substancias espirituales por un lado, y por otro con las fuerzas de los estoicos (§ 37) que emanan también de Dios.

La fuerza suprema, que contiene en sí todas las otras es designada por Filón, también, con un término estoico: el Logos (además a veces «Sabiduría»). El «Logos», propiamente palabra o pensamiento, es el mediador entre Dios y el mundo, con otras palabras, la divinidad en cuanto produce y crea. Se le atribuyen los predicados del primer hijo de Dios, del segundo Dios o «de Dios», simplemente (θεός, a diferencia de ó θεός, el Dios, el creador primero) del Paracleto (Consolador), modelo del mundo, alma del mundo; predicados que en su mayor parte hallamos de nuevo en algunos escritos del Nuevo Testamento (véase más adelante). También se halla aquí, como en las «fuerzas» (véase más atrás) la oscilación característica, entre la concepción espiritualista del Logos, como propiedad divina (= espíritu, razón) y su personificación. Una incorporación carnal o humana contradice ciertamente al concepto filónico del Logos, ya a causa de la impureza de la materia. Dios ha creado el mundo del caos por mediación de su hijo y con la mayor perfección. Considera la materia, la fuente de toda imperfección y mal de la existencia y el cuerpo la cárcel del alma.

La suprema tarea del hombre es, hacerse semejante a Dios mediante la victoria del espíritu sobre la carne (σάρξ), la destrucción total de las pasiones. En los detalles tienen las concepciones éticas de Filón mucho de común (sencillez de la vida, idea de la humanidad ideal político democrático-social, cosmopolitismo, descripción del sabio y del «ignorante») con Platón y aún con los estoicos, y no le agrada el temor monacal del mundo. Por lo demás, muestra su Ética un rasgo religioso que excede a los más religiosos de los estoicos: únicamente por la gracia de Dios llega a ser el hombre justo. Sólo Dios produce en nosotros el bien y tan sólo, es verdaderamente bueno el que hace el bien por amor de Dios. Toda sabiduría deriva de la fé; la ciencia tiene valor sólo como un medio auxiliar para la piedad. El fin supremo, el bien supremo, para los hombres es, imitar a Dios, servirle, ser su templo santo; la felicidad suprema ante la que el pensamiento y la voluntad son de escaso valor: la contemplación de Dios, el permanecer en Dios: el sumirse en la divinidad, como la conocieron ya los antiguos profetas, en la que el individuo

nada sabe de sí mismo, sino que desaparece en Dios: el arrobamiento o éxtasis (ἐκστασις).

Así termina Filón, en puro misticismo como era de esperar en un pensador, que admite como fundamento lo que en todo caso podría ser el coronamiento del sistema, y a pesar del intenso influjo de Platón y de los estoicos. No halló continuadores inmediatos en Alejandría, en cambio ha ejercido un influjo importante tanto en la dogmática del Cristianismo (recordamos la doctrina del Logos del cuarto evangelio y las cartas a las éfesos, colossos y hebreos) y en la mística cristiana, como también en la última Filosofía de la antigüedad, el neoplatonismo del que ahora se hablará, mientras que precisamente por esto ha dificultado la verdadera inteligencia de las ideas platónicas. También ha sido, por el método por él empleado consistente en interpretar los documentos religiosos y introducirlos en un sistema, un precursor de la escolástica medioeval y si se quiere, de toda teología especulativa.

CAPITULO XV

Los neoplatónicos

Más detalles dan, aparte de las de Brandis y Zeller, algunas exposiciones antiguas especialmente francesa de Jules Simón (1893) y Vacherot (1846) de las obras teológicas, véase Harnack, Dogmengeschichte (Historia de los dogmas) t. I. Sobre la característica general del tiempo, informa bien S. Burckhardt. Die Zeit Konstantins (El tiempo de Constantino). Basilea, 1853.

Aún de nuevo, antes de desaparecer, se eleva el espíritu filosófico del helenismo, a una producción grandiosa. Hacia la mitad del siglo III, después de Cristo, se constituyen todas las corrientes filosófico-teosóficas que hemos examinado en el anterior capítulo, en un sistema, en su tipo magnífico, el neoplatonismo y en particular, por el más grande representante de éste: Plotino. Distinguiamos tres corrientes neoplatónicas que también se suceden en el tiempo: I, la escuela romana alejandrina, (Plotino), II, la siria, (Jámblico), III, la ateniense (Proclo).

§ 49. Plotino y su escuela

Plotino ha sido modernamente muy estudiado. De los trabajos antiguos, sean mencionados: C. H. Kirchner, Die Philosophie des Plotin (La filosofía de Plotino), Halle, 1854. Artur Richter, Neoplato-

nische Studien (Estudios neoplatónicos) (en cinco cuadernos) 1864-67 (punto de vista dogmático cristiano). H. v. Kleist, Plotinische Studien (Estudios plotínicos) 1883. De los nuevos: A. Drews (De la escuela de Hartmann) Plotino und der Untergang der antiken Weltanschauung. (Plotino y la decadencia de la concepción antigua del mundo), Jena 1907. R. P. Hasse, Von Plotin bis Goethe (De Plotino a Goethe Leipzig, 1909. Véase también el escrito de Falter (en el § 48). Su obra más importante, las «Enneadas la ha editado con la vida de Plotino y otras adiciones y traducción alemana, Herm, Fr. Muller. 4 t. Berlín, 1878-80. Una selección en traducción alemana para profanos cultos: O. Rießer, 2 t. Sena, 1905.

1. COMIENZOS. (AMONIO SACAS)

Se considera como fundador del neoplatonismo a Amonio de Alejandría (hacia 175-242 de J. C.), que llevó el sobrenombre de «sacas», es decir el cargador. Educado por sus padres en el cristianismo, volvió al helenismo cuando «probó la razón y la Filosofía». Carecemos de noticias exactas y seguras sobre su doctrina, tanto más cuanto que no dejó nada escrito. Se cuentan entre sus discípulos a los dos Orígenes, el neoplatónico y el cristiano (sobre el último véase § 45); además el filósofo y crítico Longino (213-273 de J. C.) a quien se consideró en tiempo, autor del tratado, «De lo sublime» (περὶ ὑψους ed Vahlen, 1887) aun hoy lleno de valor que entendió más exactamente a Platón que las restantes neoplatónicas y ante todo, el sistemático de la escuela:

2. PLOTINO

nacido en Egipto en el 204 de J. C. No quiso nombrar sus padres, ciudad natal y época de su nacimiento; «parece como si se avergonzase de hallarse en un cuerpo», hace notar su biógrafo Porfirio, comentándolo. Después, de haber sido durante once años discípulo de Amonio fundó cuando murió éste, el año 244, su propia escuela en Roma, de la que estuvo al frente hasta el 268. Adquirió una general estima por la nobleza de su personalidad así como por la entusiasta elevación de su doctrina, y especialmente también, el favor del emperador Galiano y su esposa, por lo que pudo pensar durante un cierto tiempo en la fundación de una ciudad de filósofos (Platonopolis), en la Campania; murió el 270 en las posesiones de un amigo de este país. Plotino conocía toda la Filosofía y literatura griegas; especialmente había estudiado con celo, Pitágoras, Platón, Aristóteles y el platónico Numenio (§ 47). Sólo desde los cincuenta años fijó por escrito, a instancias de sus discípulos, su doctrina; cincuenta y cuatro de sus tratados, fueron editados después de su muerte

por su discípulo Porfirio, divididos arbitrariamente en seis «Eneadas» (nueves) (véanse todos los títulos en Ubernaeg I, pág. 333). Se le estudió en el renacimiento juntamente con Platón. Sus obras se editaron ya por Marsilio Ficino en 1492 en traducción latina, en griego por primera vez en el 1580 y 1615, y desde entonces nuevo en el siglo XIX.

a) *Fundamentos lógicos.*

No falta en Plotino una base lógica. Aún más, ha entendido, en este respecto, quizá a su maestro Platón, más profundamente que lo han hecho varios de sus discípulos inmediatos. Aquí pertenece ante todo la estima de las Matemáticas, que habitúan a pensar rectamente, y de las que por esto toma con gusto sus ejemplos, e igualmente de la dialéctica que ejercita en ello. Nos recuerda inmediatamente a Platón (véase § 42) cuando llama al pensar una visión y otras veces un producir y dar a luz; uno de los tratados (Eneadas V. 5), está dedicado al tema de que las cosas no existen fuera del espíritu pensante (νοῦς). También hallamos de nuevo en Plotino el concepto platónico de la hipótesis, así como el considerar a este idéntica con la idea; además, los conceptos de la participación (μετέχειν) e imitación (μίμησις); de la unidad, del no ser. Los conceptos son también según él creadores, y hasta la naturaleza entera es llamada una vez un «concepto» (λόγος). Del mismo modo son tiempo y espacio tan sólo categorías de nuestro pensamiento. Plotino pone de relieve (quizá por primera vez en la Historia de la Filosofía) la identidad del pensante y lo pensado en la conciencia.

b) *Doctrina de la unidad primitiva.*

A pesar de esto reina en conjunto un matiz que no recuerda al Platón joven o de la madurez sino todo lo más al anciano pitagorizante por consiguiente al Timeo, pues en el fondo comienza la Filosofía de Plotino, en el punto en que en todo caso terminaría una sana Filosofía: a saber en el absoluto, que se designa por él, como el uno (τὸ ἓν) el bien, o la divinidad. El uno está elevado sobre todo ser, y no sólo sobre todo ser, sino también sobre todo pensar: es supraracional. No sólo ninguna propiedad corporal, sino tampoco, ninguna espiritual puede atribuirse a este ser primero (πρώτον). Sin figura y límite no posee ni pensamiento ni voluntad, ni actividad, y ni siquiera una conciencia de sí mismo. De su esencia no podemos formarnos ninguna noción porque es diferente de todo lo que nos es conocido.

Nace de la plenitud de esta unidad primaria, según Plotino la multiplicidad por emanación (ἐκλαμψις, emanatio), como el calor del sol, sin que por esto aquel pierda algo de su substancia.

La primera emanación o reflejo así producido del fundamento primero de todo lo creado, es la razón, el espíritu (νοῦς). Contiene ya en sí una dualidad, pues supone un cognoscente y un conocido, una conciencia y los objetos de ésta, lumanentes, en él son las ideas (como lo conocido) pensamientos (modelos) y al mismo tiempo fuerzas activas (δυνάμεις). Los conceptos fundamentales o categorías, en las que piensa el espíritu, las toma Plotino del «Sofista» de Platón y son cinco: ser, permanencia, movimiento, identidad (ταυτότης) y diferencia (ἐτερότης).

El espíritu (νοῦς) a su vez produce como su imagen el igualmente por emanación, el alma, la mediadora entre el mundo de los espíritus y el de los cuerpos. Recibe, contemplando el contenido del espíritu, el mundo de las ideas y forma, según este modelo, con la materia, el mundo de los sentidos. Así participa de ambos, está dirigida a ambos. Hasta habla Plotino de dos almas, de una más alta puramente espiritual y una inferior que informa lo corporal. En esto se refiere tanto al alma del mundo como al alma individual. También del alma inmaterial del mundo emana una segunda alma, la fuerza natural informadora (φύσις) consistente en un éter purísimo que está enlazada con los cuerpos como nuestra alma con nuestro cuerpo. Así se prosigue, — no en serie temporal sino lógica — en forma de emanaciones ulteriores y copias, una gradación infinita de esencias o fuerzas con una perfección continuamente decreciente. La revelación más inferior y más imperfecta de la fuerza originaria divina es la materia, que por lo demás no se concibe como corporal sino lo mismo que en Platón y Aristóteles, como lo que carece de forma y determinación. En el mundo de los fenómenos existe dualidad y pluralidad en lugar de unidad, temporalidad en lugar de eternidad, apariencia y error, en lugar del ser verdadero. En el apartamiento de éste e inclinación hacia lo insignificante y privado de fuerza, está al mismo tiempo la esencia del mal, que sin embargo, no se presenta en ninguna parte por sí y consiste propiamente sólo en la ausencia del bien. A pesar de esto ofrece el mundo entero, pues ha sido producido por su alma unitaria y divina, una imagen de universal armonía y simpatía. Es tan hermoso y perfecto como puede serlo un mundo material, lo que trata de fundamentar detalladamente Plotino en sus dos tratados *Sobre la providencia*. No merece la pena de entrar en detalles de su «Física», astrología y doctrina de los demonios basadas sobre ideas místicas fundamentales. Igualmente nos llevaría demasiado lejos el querer tratar detenidamente aquí las particularidades de su doctrina del alma (que entre otros expone en conjunto Brandis. *Entwicklungen* (Evoluciones, pág. 356-59).

Naturalmente tienen un papel importante en ella preexistencia e inmortalidad, metempsicosis remuneración en el más allá.

c) *Ética.*

También se hallan aquí — correspondiendo a la doctrina del maestro (§ 24) — comienzos de una fundamentación crítica. El conocimiento es supuesto de la Ética; sólo puede llamarse moral la acción consciente. El placer no proporciona ningún criterio, el bien, ha de ser aspirado por sí mismo. Puesto que, el bien — y la divinidad idéntica con él — se halla elevado sobre la realidad, lo conocemos sólo por «un análogo en nosotros»; es posible sólo porque lo pensamos. El bien es además, apesar de todas las diferencias de tiempos y costumbres, en el fondo sólo uno; de otro modo no se buscaría el fin sino los fines. Dios mismo es sin virtud un mero nombre. La excesiva estima en que tiene Plotino el pensar, le lleva a un cierto desprecio de la voluntad (véase más adelante) cuya libertad por lo demás (lo mismo que después en Kant), se considera radicando en la anatomía de la razón. «Si el alma tiene la propia razón como guía pura y sin pasión es esta tendencia nuestra obra, que no viene de otra parte, más que del interior del alma pura» (Tomo III, 1). No mística sino estoica parece la exclamación «Que somos ¡finalmente! Somos lo que somos verdaderamente como nosotros mismos, a los que la naturaleza concedió el dominio sobre las pasiones. Pues Dios nos dió, encadenados a causa de la naturaleza de nuestro cuerpo, la virtud que no sufre ningún dueño sobre sí» (Enn. II, 3).

Como su Filosofía teórica (véase antes) adquiere también la Ética de Plotino, su intenso matiz religioso. Nuestra misión es, darnos cuenta de nuestro alto origen, aspirar con todas nuestras fuerzas a la patria originaria de nuestra alma, patria que hemos abandonado al descender en este cuerpo y libertar la mejor parte de nosotros mismos mediante la dominación y extinción de la sensibilidad. Sólo por un proceso semejante de depuración por una purificación (*κάθαρσις*) de nuestra alma podemos lograr la felicidad suprema. El primer grado de esta elevación hacia Dios la constituye las virtudes políticas o cívicas que concuerdan con las cuatro cardinales platónicas. Sin embargo, la práctica existe tan sólo para la teoría y muy por cima de estas se hallan por consiguiente las virtudes dianóticas (compárese Aristóteles § 32); la más alta felicidad es la felicidad del pensar. Al bosquejar como sucesivamente se asciende a esta última, dá de nuevo una especie de teoría del conocimiento. La percepción sensible nos revela tan sólo débiles rastros de la verdad; más alto se halla el conocimiento lógico de la «dialéctica» (también *διάνοια*, *λογισμός*); aun más

elevada la intuición inmediata de lo divino que por esto es, al mismo tiempo, intuición que de sí propio tiene el espíritu pensante. El grado supremo lo constituye el estado de éxtasis (*ἔκστασις*) inconscio oprobamiento, embriagadora inmersión en el absoluto, unificación completa con la unidad primera. No es esto ya contemplación intelectual sino visión amorosa, a la que se eleva el alma convertida en espíritu. Sólo podemos participar de aquel arrobamiento, cuando nos olvidamos no únicamente del mundo externo sino también de nosotros mismos, y debemos esperar tranquilamente hasta que este felicísimo estado llegue para nosotros. Plotino mismo pretende haberlo gozado únicamente cuatro veces en su vida. Así ha vuelto el alma a la divina fuente de todo ser y se ha cerrado el ciclo del sistema plotínico.

d) *Estética.*

Si bien es cierto que en Plotino la Ética, la Física y la Lógica, se resuelve finalmente en misticismo religioso, se acusa, sin embargo, en él y más que en ningún otro filósofo desde Platón el factor estético. Ya su primer tratado está dedicado a la definición de lo bello. La hermosura consiste, según su explicación llena de sensibilidad artística, en el dominio de la materia por la idea, en la apariencia del ideal a través del fenómeno sensible. Al proceso antes bosquejado de purificación del alma, pertenece también que comenzando por la contemplación de lo hermoso sensible, ascendamos a lo hermoso en sí, a lo espiritual y originariamente hermoso, pues precisamente en su hermosura consiste la naturaleza de lo espiritual; el fundamento del ser es idéntico con el origen de la belleza. Al anhelo de la hermosura llama Plotino siguiendo al Simposio de Platón, el amor (*ἔρως*), y distingue en él de nuevo un doble aspecto: el Eros más alto (o la Afrodita celeste) que es la pura irradiación de la divinidad y el Eros inferior que se halla en relación con la materia. El verdadero artista no se satisface con la mera copia de la naturaleza sino que produce según los modelos (*λόγοι*) de hermosura que habitan en su alma. Una Filosofía propiamente dicha de lo hermoso, esto es, determinación conceptual firme de lo hermoso y su distinción sistemática del ser (verdadero) y de la bondad, se halla en Plotino menos aún que en Platón (§ 24). «La bondad y la hermosura primeras deben ser consideradas como lo mismo». La virtud es hermosa y lo hermoso es bueno. «Se debe considerar como lo primero la hermosura que también es bondad. El alma es lo que es hermoso por la Nus. Lo restante, lo que es hermoso en las acciones y en las ocupaciones, es hermoso mediante el alma creadora». (Enn. I, 6). Ebrio de espíritu quiere también el neoplatonismo apoderarse aquí de lo absoluto, mediante la intuición in-

telectual. Sentimiento y fantasía son más poderosos que la reflexión lógica y al mismo tiempo, el rasgo capital contemplativo de su pensamiento ahoga a la voluntad.

No se condujo Plotino con respecto a la religión popular como un enemigo sino que intentó mediante una interpretación puramente espiritual de sus mitos y culto, por una parte, ponerla de acuerdo con su sistema y por otra adaptarla a las necesidades religiosas nuevamente avivadas de su tiempo — piénsese que el cristianismo existía ya desde hacia dos siglos — Es más, censura a los cristianos porque no conceden los honores debidos a los seres intermedios entre los dioses y los hombres (daimones) existentes según su doctrina aunque notodavía en primer plano, entre los cuales cuenta a los dioses olímpicos. Por otro lado, sin embargo, rechaza la astrología las profecías y la mántica. Personalmente se satisfizo con el culto interior de dios. «Los dioses deben venir a mí, no ir yo a ellos», dijo a su discípulo Amelio, que quería llevarlo a un templo y sus últimas palabras parecen haber sido fieles a su doctrina: «Intento ahora llevar de nuevo lo divino en mí, al dios en el todo».

3. ESCUELA DE PLOTINO; PORFIRIO

El más importante de los discípulos de Plotino fué Porfirio (originariamente Malcos) oriundo de Siria, nacido hacia el 232, primero discípulo de Longino en Atenas, y desde sus 30 años de Plotino en Roma, donde probablemente murió también, alrededor del año 304. No se propuso tanto continuar desarrollando la doctrina de su maestro como explicarla, defenderla y en parte exponerla más clara y agradablemente, en lo que le ayudaron los conocimientos y la habilidad estilística adquiridos con Longino. Se nos ha conservado tan sólo una escasa parte de sus numerosos escritos: un resumen incompleto de la doctrina de Plotino en Aforismos, una biografía de éste (ambos corrientemente impresos con las obras de Plotino), una introducción a las categorías de aristóteles, a las que hace proceder cinco conceptos más generales y que constituye aún hoy el único manual de lógica en los países mahometanos, una exhortación a la abstención de la carne como alimento y algunas cartas, entre ellas una sobre el mal empleo de la mántica al sacerdote egipcio Anebón. Dado su modo de escribir concienzudo y claro, es de lamentar que sólo haya llegado a nosotros, fuera de una vida de Pitágoras, pocos restos de su Historia de la Filosofía. Se ha perdido también, por desgracia, su obra mencionada frecuentemente por los padres de la iglesia: *Contra los cristianos* (κατὰ Χριστιανῶν; en 15 libros) en los cuales combatía particularmente la divinidad de Cristo mientras que rendía toda su admiración a su elevada per-

sonalidad. Porfirio se distingue de Plotino solamente por su más acentuada tendencia práctica religiosa. El fin de la Filosofía es la salvación del alma. Trató de elevar la religión popular por medio de una interpretación filosófica así como por la purificación ascética de la conciencia puesta de relieve aún más por el que por precursores.

§ 50. La escuela siria y ateniense Últimos representantes de la Filosofía Antigua

Sobre Juliano, véase A. Neander, *Kaiser Julian und sein Zeitalter*. (Juliano y su tiempo) 1812 2.^a ed. 1867. D. F. Strauss *Julian der Abtrünnige, der Romantiker auf dem Throne der Cäsaren* (Julian el apóstata, el romántico en el trono de los Césares), Mannheim 1847. R. Asmus. *Julians Galiläerschrift im Zusammenhang mit seinen übrigen Werken*. (El escrito de los Galileos de Juliano en relación con sus restantes obras) Freiburg i. B. 1904. G. Mau, *Die Religionsphilosophie Kaiser Julians usw.* (La filosofía de la religión del emperador Juliano, etc.) Berlin 1907. Véase más adelante acerca de las nuevas ediciones de sus escritos.—Sobre Hipatia, véase R. Hoche en *Philologus* XV (1860), 435-74 y R. Asmus in *Studien zum vergleich. Litges.* VII (Estudios para historia comparada de la literatura (1907), 11-44. Sobre Proclo, véase los nuevos trabajos: M. Altenburg, *Die Methode der Hypothese bei Platon, Aristoteles und Proklus* (El método de la hipótesis en Platón, Aristóteles y Proclo) Disertación, Marburgo 1905. N. Hartmann, *Des Proklus philosophische Anfangsgründe der Mathematik* (Principios filosóficos de la matemática, según Proclo) Giessen 1909. Sus escritos más importantes, los comentarios a *Timeo* de Platón, *República* y a *Euclides*, se hallan ahora en unas buenas ediciones críticas de Diehl (3 t. 1903-06), de Kroll (1879-1901) y G. Friedlein (1873) en la Biblioteca teubeneriana.—Sobre Boecio, véase Nitzsch, *Das System des Boëtius* (El sistema de Boecio) Berlin 1860. La mejor edición de su escrito *De Consolatione* es la de R. Peiper, Leipzig 1871. Para el conocimiento del neoplatonismo es importante la descripción de la vida del filósofo Isidoro por Damascios, reconstruida, traducida y explicada por Rud. Asmus Phil. Bibl. 125 (1911).

1. LA ESCUELA SIRIA

a) Jamblico. b) Juliano. c) Hipatia

a) Mientras que el sistema filosófico de Plotino, a pesar de su carácter total teosófico, está lleno de los más nobles y finos pensamientos, en los siguientes neoplatónicos casi no se puede

hablar ya de Filosofía. Como el filósofo fundador de la escuela siria se considera a Jamblico († hacia el 330) un discípulo de Porfirio, que enseñó sobre todo en su país natal y en Alejandría. Su entusiasta biógrafo Eunapio no nos informa, lo que es característico, casi nada sobre su vida y doctrina, y si en cambio, mucho acerca de los prodigios del «divino» maestro. Se han conservado de sus obras: *Sobre la vida pitagórica*, una *Exhortación a la Filosofía* y tres libros que contienen especulaciones numéricas. Además escribió comentarios a Platón y Aristóteles y también una Teología caldea en 28 libros.

Jamblico es en lo capital, un dogmático especulativo del politeísmo al que trata de resucitar en una forma mística arbitraria. Sobre la «unidad primera» de Plotino, pone aún un ser «inexplicable en absoluto» productor de un mundo inteligible, consistente en tres elementos divinos y un mundo intelectual que se divide igualmente en tres fuerzas divinas. Junto o bajo estos seres supramundanos se hallan primeramente doce dioses celestes que se convierten multiplicándose sucesivamente en 36 y después en 360 y a estos siguen 72 géneros de dioses infracelestes y 42 de dioses de la naturaleza; a todos estos dioses una muchedumbre aún mayor de arcángeles, ángeles, demonios y héroes; como se ve un modelo de aberración teosófica, mezclada con la especulación numérica neopitagórica. Ensayo colocar en este cielo con mayor o menor habilidad, a los dioses de todas las religiones posibles con excepción de la cristiana. Intermedia entre los seres supra e infrahumanos es el alma humana también dividida en tres partes. En su purificación consiste también, según Jamblico, la misión éticoreligiosa del hombre. No sólo aparece en él, mucho más necesitado de ayuda que en Plotino, sino que también tienen una importancia preponderante los medios externos (oración, signos mágicos, conjuros, sacrificios expiatorios de diferentes clases). La más alta virtud es por consiguiente la sacerdotal.

Por desgracia permanece como predominante este rasgo fantástico, por lo menos en la escuela siria. La obra *De los misterios de los Egipcios*, probablemente de un discípulo de Jamblico, y contra el enemigo de la mántica, Porfirio, defiende además de la mántica, los conjuros y sacrificios, las más grandes estupideces y considera expresamente al sacerdote, como portador de la revelación divina y superior al filósofo. El sistema de las triadas de Jamblico fué desarrollado por su discípulo Teodoro. Unos lograron una fama casi tan grande como «taumaturgoteúrgicos» al igual de su maestro, mientras que otros como Dexipos y Temistios, se mostraron hábiles comentadores de los escritos aristotélicos.

b) A los secuaces de Jamblico perteneció el noble y fantástico emperador Juliano (361-363) el «romántico en el trono de los Césares» (D. F. Strauss) que fracasó, como es conocido en su intento de renovación del politeísmo y al que su muerte temprana libró de un mayor desengaño. El «Galileo» venció. Los restos de las obras de Juliano, que han sido editadas varias veces (los fragmentos del escrito *Contra los cristianos* por C. J. Neumann, griego y alemán, Leipzig 1880; los restantes discursos y cartas filosóficas por Rudolf Asmus en *Philosophische Bibliothek*, t. 116, Leipzig 1908), no muestran ninguna idea filosófica original. Las cartas a Jamblico son apócrifas. Un escrito sobre «dioses y mundo» procede del amigo de Juliano, Salustio.

c) La última figura noble de este grupo es la filósofa Hipatía, en 415, asesinada por el populacho cristiano en Alejandría, excitado por monjes fanáticos y cuya personalidad se ha hecho conocida por las novelas de Kingsleys y Mauthners del mismo nombre. Su discípulo, el obispo Sinesio de Cirene, combinó de un modo original su doctrina con la cristiana (véase § 57 al comienzo).

2. LA ESCUELA ATENIENSE; PROCLIO

Después de haber sido derrotada definitivamente la antigua religión en la lucha con el cristianismo, se ocuparon los neoplatónicos, en vez de la especulación teosófica e intentos de restauración politeísta, más de un trabajo de eruditos, a saber de la explicación de las obras platónicas y aristotélicas como hemos indicado en las anteriores líneas con respecto de Dexipo y Temistio. Hallamos a estos filósofos del V y principios del VI como directores de la antigua escuela platónica, que aun existía, cuando la peripatética, la estoica y la epicúrea habían desaparecido hacia siglos. Mencionamos de ellos a Plutarco el joven († 433) y al alejandrino Siriano, que se muestra entusiasta partidario de Platón y Pitágoras en su comentario, conservado aún a algunos libros de la *Metafísica* de Aristóteles.

El más importante de ellos fué el discípulo de los últimos citados, el sirio Proclo (410-485) que presenta una extraña mezcla de profundidad filosófica y de seca erudición, penetrante dialéctica y creencia sin crítica en lo maravilloso. También comentó obras platónicas. En todo caso no es Proclo, así lo han mostrado nuevas investigaciones (véase la bibliografía indicada), meramente un místico como se le había considerado a menudo hasta ahora. Conoce la «hipótesis» de Platón, y hasta ha dado en su comentario a Euclides, una *Filosofía de las Matemáticas* que conserva el espíritu platónico y especialmente ha determinado la medida como la igual-

dad de lo desigual. La razón es para él el criterio de todo conocimiento. Trata de fundamentar dialécticamente la necesidad del supuesto del «uno» de Plotino y de determinar según conceptos, como se presenta en la multiplicidad del mundo. El modo, como él aquí procede, recuerda en cierto modo el método dialéctico de Hegel. Partiendo de la idea fundamental de Plotino, del desarrollo de la unidad en lo múltiple y de la tendencia de éste último a la unidad, admite tres estadios de la evolución de todo ser: la permanencia (μονή), producción (πρόδος) y tendencia a la unidad (ἐπιστροφή). Pero esta concepción de la evolución, en sí llena de interés, se cambia en la escolástica de Proclo en un sistema de «triadas» que se extiende a todo lo pensable, a veces alterándolo con *héptadas*. En lugar de causas activas, se hallan abstracciones sin vida, en lugar de un sistema doctrinal filosófico, un laberinto de fantásticas imágenes, en lugar de necesidad lógica, un juego matemático místico en el que sería tiempo perdido entrar en detalles. Además de esto, se presenta en él una elaboración en sistema esquemático de toda la Teología helénica y no helénica, incluyendo la de los misterios con todas sus supersticiones.

La Ética de Proclo exige como la de Jamblico la elevación del hombre tan necesitado de ayuda, a lo suprasensible, sólo asequible por auxilio sobrenatural, que naturalmente culmina en la unificación mística con la divinidad y que se realiza en cinco estadios sucesivos.

En espíritu, influjo y fama no iguala a Proclo ninguno de sus sucesores. Sin embargo, se han mostrado varios de ellos, como el erudito Simplicio y Olimpiodoro el joven, hábiles exégetas de filósofos anteriores, especialmente de Platón y Aristóteles; el primero también de Epicteto.

3. BOECIO. FIN DE LA FILOSOFÍA ANTIGUA

En el imperio romano de occidente parece haberse conservado más el neoplatonismo en su forma platónica más pura. Su último representante aquí es el noble romano, educado en Atenas, Boecio (480-525) que, como se sabe, fué ejecutado por orden de Teodorico. Aunque debe haber pertenecido externamente al cristianismo, se halla lleno de espíritu antiguo, religioso, no cristiano, su obra *De consolatione philosophiae* (ed. Peiper, Leipzig 1871), que escribió en prosa y verso como consuelo en la prisión, Muestra una mezcla de neoplatonismo moderado y estoicismo. Su idea fundamental es el dominio de todas las pasiones por la razón y la confianza en la providencia divina. Por sus numerosos comentarios escritos en latín y traducciones, especialmente de las obras

lógicas de Aristóteles y Porfirio, ha sido un maestro de gran influjo de la Edad Media cristiana.

Ya hemos entrado en este período, la Edad Media, por la época. Pronto los restos de la Filosofía griega, que languidece miserablemente, deben hallar su fin visible. En el año 529 se suprimieron, por orden imperial del emperador Justiniano, las escuelas filosóficas en Atenas, como anticristianas; se les arrebató sus bienes no escasos y se prohibió para lo futuro toda lección sobre Filosofía helénica. El último director de escuela Damascio y seis de sus compañeros, entre ellos Simplicio, huyeron a Persia donde esperaban hallar en el rey Cosres un gobernante amigo de la Filosofía, pero volvieron desengañados. La Filosofía antigua fué en adelante cosa de erudicción, hasta que a comienzos de la época moderna hubo de despertar a nueva vida.